

FUEGOS ARTIFICIALES
ÓSCAR ESQUIVIAS

Villamorón

La iglesia de Villamorón es una de las joyas del patrimonio monumental de nuestra provincia. Su emplazamiento en un pequeño pueblo, fuera de las vías de comunicación principales, hizo que pasara inadvertida a viajeros y escritores del pasado (al menos, yo no conozco ningún testimonio bibliográfico anterior al siglo XX), hasta que los arquitectos la descubrieron y se asombraron de su belleza, sus dimensiones y su calidad. «¡Cuánta sencillez! Y no obstante, ¡qué gran estilo!», escribió en 1920 el arquitecto Vicente Lampérez, quien justo en aquellas fechas estaba trabajando en la restauración (y, a veces, en la demolición y reinención) de la catedral de Burgos. A partir de esta cita de Lampérez, Villamorón, ya no faltó en los libros de arte. Torres Balbás alabó su iglesia en la monumental enciclopedia *Ars Hispaniae* (1952) y Fernando Chueca Goitia afirmó en su *Historia de la arquitectura española* (1965) que era «de lo mejor de nuestro gótico del siglo XIII», ¡ahí es nada! Las formas arcaizantes de la arquitectura de esta iglesia han hecho que en algunas obras se la califique de protogótica o, incluso, de románica, y por esa razón -y para desmentirlo- aparece también en la *Enciclopedia del románico en Castilla y León* de la Fundación Santa María la Real, en la que se incluye el mejor estudio publicado sobre ella hasta ahora, firmado por Jaime Nuño González.

Yo conozco bien esta iglesia desde niño, porque estaba al alcance de mis pedaladas cuando cogía la bicicleta en el pueblo de mis abuelos, Villandiego, y me dedicaba a ir de un

marca de los Páramos y, acompañado por el poeta Jorge Villalmanzo, volví a Villamorón. Ambos quedamos muy impresionados. El frío, la humedad y el paisaje invernal acentuaban la desolación del pueblo. Nos estremeció el contraste entre la soberbia mole pétreo del templo y los adobes arruinados de casi todas las casas que lo rodean. Nunca la iglesia me había parecido tan airosa y, a la vez, tan frágil: algunas de sus paredes estaban rajadas de arriba abajo y su imponente arquitectura estaba a punto de desplomarse.

Los periódicos los lee gente sorprendente. Aquel reportaje -en el que yo dedicaba a Villamorón tres líneas escasas- cayó en las manos de un profesor burgalés del Instituto Diego Porcelos, Pedro Moreno, quien no se conformó con hojear el artículo en su sofá, sino que se acercó al pueblo y quedó, cómo no, subyugado por la belleza de la iglesia. Alarmado por el estado de inminente ruina del edificio, decidió pasar a la acción e impedirlo. En este punto debo decir que de nada habían servido hasta entonces los elogios de los historiadores o la propia consideración de la iglesia como Bien de Interés Cultural desde 1984: tanto la diócesis como las autoridades encargadas del patrimonio la tenían en el más absoluto abandono. Gracias a la iniciativa de este profesor y al apoyo del párroco, Santiago Orcajo, se creó la Asociación de Amigos de Villamorón, que consiguió aglutinar a gente amante del arte y del pueblo. La única fuerza de esta asociación era el entusiasmo y la determinación de no asistir impasibles a la desaparición de una obra de arte de tanta categoría. Comenzaron así una campaña de denuncia y sensibilización social. Encontraron aliados muy valiosos: Gonzalo Santonja publicó varios artículos en la prensa y este periódico se hizo eco de las reivindicaciones de la asociación y las apoyó. Los artistas volvieron a Villamorón y pintaron su paisaje: el resultado se pudo ver en una exposición colectiva en el Consulado del Mar en 2009. Poco a poco, las puertas de los despachos se fueron abriendo a la asociación y finalmente han conseguido sus objetivos: hoy la iglesia de Villamorón está en obras, se han estudiado sus problemas estructurales y se están subsanando. Esto hay que agradecerécelo a la Dirección General de Patrimonio de la Junta pero, sobre todo, a la Asociación de Amigos de Villamorón, pues la primera no habría actuado sin la presión y los desvelos de la segunda.

Por mi parte, nunca me he sentido más orgulloso de haber escrito unas líneas en un periódico que aquellas que dediqué a Villamorón. Mi mérito, por supuesto, es muy pequeño: el destino esperable de mis palabras era aumentar el montón de las que ya se habían escrito antes. Si no fue así, todo se debe a la sensibilidad, el trabajo y el compromiso de Pedro Moreno y la Asociación de Amigos de Villamorón. Los amantes del arte tenemos una deuda inmensa con ellos.

«De lo mejor de nuestro gótico del siglo XIII», dijo Chueca Goitia»

«Todo se debe a la sensibilidad, el trabajo y el compromiso de Pedro Moreno y la Asociación de Amigos de Villamorón»

sitio a otro según mi capricho (y la dirección en la que soplara el viento, que en aquellas tierras es algo muy serio). Tenía la costumbre de desviarme en Villegas, llegaba a Villamorón, daba una vuelta por las calles del pueblo y, sin descender, volvía a la carretera y seguía mi camino. Para mí, Villamorón poseía ese terrible misterio de los pueblos deshabitados; nunca me crucé con nadie y arraigó en mí el inexplicable temor infantil de que si posaba un pie en tierra iban a aparecer inmediatamente los fantasmas que sin duda habitaban en aquel lugar.

En noviembre de 2003 los responsables del suplemento de viajes de *El País* me encargaron un artículo sobre las iglesias de la co-

